

No te puedo querer

Ernesto L. Filardi.

A la Concha, por todos sus zumitos.

*No te puedo querer, porque
no sientes lo que yo siento... (C. Larrea)*

*Lo importante no está en lo que se come,
sino en cómo se come. (Epícteto)*

Una de las principales razones por las que Marisa y yo no funcionábamos como pareja eran nuestras madres. No se lleven a error: no se trataba de un asunto de suegras o algo por el estilo. El problema es que tanto Marisa como yo habíamos sido educados desde muy pequeños en nuestras respectivas cocinas. Por consecuencia, los dos nos considerábamos unos cocinillas y a la menor de cambio ya estábamos pochando cebollas o aliñando una ensalada de invierno. Pero creo que debo empezar por el principio.

Mi recuerdo más antiguo es el de mi madre preparando pestiños en el fogón de mi casa. Hacía ya tiempo que había dejado la Andalucía natal, y poquito a poquito se le iba olvidando el pueblo con sus casas blancas y sus cuevas interminables para buscar agua de la fuente, pero el alma se la había traído consigo y era un prodigio verla desenvolverse en la lumbre entre peteneras y tarantos. Decía que cada guisote tenía su propia canción, y que el secreto para que un plato le saliera bueno, era que había que cantarle la que a tal plato le gustaba, para que estuviera contento y se dejara comer con alegría. Y así, sin que nosotros en casa supiéramos cómo demonios se pudo enterar de qué canción era de qué plato, no podíamos por menos que quedarnos asombrados cuando nos preparaba unos huevos en

salmorejo tarareando "Al pie de la cruz", de Gracia de Triana, o cuando cantaba el zorongó mientras cortaba los tomates para echarle a la pipirrana. Yo por aquel entonces era un niño, y por momentos me hacía a la idea de que mi madre era una bruja, -una bruja buena, por supuesto- y muchas noches me iba a la cama y soñaba con ella bailando en un tablao con un rape, o pelando la pava con un jamón.

Creo que ya dije antes que fue mi madre quien me enseñó a desenvolverme en la cocina. No pude tener mejor maestra, pero mi gran problema era mi poco oído, y tuve que ir a clases de solfeo antes de poder preparar un consomé en condiciones. Pronto me inculcó tal afición a la cocina, que al volver de clase muchas veces me paraba en la puerta de algún restaurante que hubiera camino de casa, sólo para adivinar qué se traían entre manos. Dejé de hacerlo un día que casi me mata un cocinero porque se me ocurrió decirle que el secreto para que la mahonesa no se cortara era cantarle en voz bajita algún pasaje de Luisa Fernanda.

Mi madre acabó sus días mucho tiempo después donde siempre quiso hacerlo: en la cocina. Con el paso de los años fue perdiendo la memoria, y murió un mal día en que una fabada le saltó a la cara por cantarle unos tanguillos de Cádiz.

Creo que con todo esto ya se hacen ustedes una idea de cómo era mi madre, así que ya puedo explicarles ahora mi gran problema con Marisa, que es para lo que estamos aquí. Vamos, digo yo.

Cuando nos conocimos, hace ya algún tiempo, la primera cosa de lo que nos dimos cuenta era de nuestra mutua afición a la buena mesa. Supongo que fue eso lo que hizo que nos enamoráramos tan rápidamente. Nunca, con ninguna otra mujer con la que yo había estado hasta entonces, me había sentido tan seguro a la hora de comer. Por norma general, todas se burlaban de mí cuando les preguntaba por qué preferían ir a un burgerbasura cualquiera en vez de poder comer un buen congrio en salsa verde. Generalmente me convencían con algún arrumaco y terminábamos comiendo hamburguesas recalentadas con esa repugnante salsa ketchup. Pero con Marisa todo era distinto. En nuestra primera cita me propuso ir a cenar a un restaurante del que yo nunca había oído hablar. Me dije: "bueno, pues

a ver qué pasa". Y supónganse ustedes cuál no sería mi sorpresa cuando me sirvieron las mejores ancas de rana que he probado nunca y aquella brocheta de ciervo en salsa de moras que fue mi perdición.

Recuerdo que volví a casa pensando si esa no sería una broma del destino o algo parecido, pero las siguientes citas se convirtieron progresivamente en verdaderos banquetes para sibaritas como ya lo éramos nosotros. Aquello era para mí un regalo de los dioses. Una chica que siempre había tenido los mismos problemas de comprensión entre la gente por sus gustos culinarios. Como ella me decía: "¿Pero es que nadie se ha dado cuenta de lo maravilloso que es una buena ventresca?" Y era entonces cuando sus ojos se me encendían de pronto y sabía que nunca más iba a haber otra mujer como ella, y la besaba entera, y me sabía a todos aquellos guisos y aquellas salsas que alguna vez había disfrutado en su compañía.

Así me enteré de que su afición a la cocina también había sido provocada por su madre, una vasca grandota y robusta que disfrutaba preparando cuajada para toda su familia en los fríos inviernos de Euskadi. Marisa y yo disfrutábamos compartiendo recetas anónimas. Yo, sin embargo, tenía miedo a contarle el gran secreto de las canciones, por miedo a que se riera de mí. Por experiencia propia sabía que ninguna mujer, por especial que fuera, se iba a creer algo tan aparentemente gracioso como que los caracoles guisados disfrutaban en la olla si escuchan el "Romance de valentía" de León y Quiroga. Recuerdo que a una antigua novia que tuve le dio un ataque de risa porque se supuso que el bacalao al pilpil se haría mejor en las discotecas. No. Era un tema que prefería mantener en el anonimato.

Hasta que un día ella me dijo: "¿Sabes que lo mejor para que unas angulas estén en su punto es cantarles "Maite"? Me quedé a cuadros.

- ¿Qué has dicho?

- Ya sé que te parecerá una tontería, pero te aseguro que si cuando estás haciendo unas angulas cantas un zortzico, y en especial Maite, saben mucho mejor.

Ninguno de los dos nos podíamos creer que nuestras madres coincidieran en ese pequeño secreto, auténtico "toque" mágico para la cocina. Nos pasamos varios días recopilando platos con sus respectivas canciones para que todas nuestras comidas fueran exquisitas. Entre los dos llegamos a asociar cerca de setecientos guisos. Hasta planeamos editar un libro de cocina para hacer partícipe a todo el mundo de nuestro gran secreto.

Qué felices eramos. Nunca ninguna pareja fue tan bien alimentada.

Entonces se vino a vivir a mi casa y ahí empezó el problema. Al principio todo funcionaba a las mil maravillas, pero terminamos discutiendo cada vez que había que preparar la comida. Debido a mi afán de agradar, yo quería siempre hacer la cena después de un día largo y cansado. El amor me aconsejaba recetas de cocina maravillosas con sus coplas respectivas, y entonces le decía: "Marisa, cariño, hoy te vas a chupar los dedos", y entonces resultaba que ella llevaba todo el día pensando en sorprenderme con un marmitako.

Compréndanme: por un lado, quería hacerle la cena para demostrarle mi amor, como un esclavo sumiso que prepara a su señor los dulces más exquisitos, pero por otro lado ella pretendía hacer lo mismo conmigo, y no quería herirla dejando a un lado sus detalles para conmigo. Y, sobre todo, me apetecía cantar una copla que llevaba dentro todo el día y no podía hacerlo si ella preparaba la comida. ¿Se imaginan qué sabor tendrá un txangurro cocinado con melodías de la Paquera de Jerez? Era sencillamente impensable.

He de confesar que jugué sucio para salirme con la mía, y seguramente fue eso lo que precipitó nuestra ruptura. Para no herir su susceptibilidad como cocinera o como amante, me introducía en la cocina con el pretexto de darla un achuchón, y cuando ella no miraba echaba un puñado de sal en la pasta.

- Marisa, perdona que te diga, pero estos canelones están demasiado salados.
¿No crees?

- No lo entiendo. Debo haber desafinado cantando la Traviata.

- Será eso. Mañana me dejas cocinar a mí, ¿de acuerdo?

Y ella, humillada, me dejaba a mí con mis coplas, pero un mal día me debió ver echándole vino tinto en la merluza, y ahí se acabó todo. Al día siguiente, para vengarse, entró a la cocina cantando "La violetera" mientras yo preparaba una paella. Mis gritos para callarla fueron inútiles: el arroz se pasó tanto que se puso verde. Y entonces ambos comprendimos que el nuestro era un amor imposible. Nuestras madres nos separaban, incluso mucho antes de que naciéramos. Nos miramos a los ojos con mutuo desprecio, y esa noche tuvimos que encargar una pizza por teléfono.

Así acabó todo.

Cuando nos despedimos para siempre, ni siquiera miramos para atrás. Disfrutando mi libertad, fui directamente a mi casa, recordando mentalmente el estribillo de "La Parrala", convencido de que aquella noche, por fin, iba a cenar el mejor rabo de toro estofado que nunca nadie haya probado.